

El pacto de Adriana
De Lissette Orozco

“Yo nunca estuve ahí, yo nunca hice nada”.

Cuando escuchamos esta afirmación reiteradamente, dicha de diferentes modos, con varias emociones, tonalidades, intensidades... la verdad que contiene puede hacerse fáctica y convincente o todo lo contrario, sospechosa. La protagonista de esta película, Adriana Rivas, la Chany, parece un gran personaje de ficción, o incluso de un relato literario, pues sólo nos deja ver aquello que ella desea mostrar, aquello que el autor ha moldeado visiblemente. Pero nos encontramos ante un documental, y ante un personaje real, que se conecta con una persona que vive y ha vivido un pasado. Y es justo ahí en ese pasado, un territorio y un tiempo, que se vuelven no accesibles para nosotros.

Lissette Orozco, sobrina de la Chany y directora de este documental, se sumerge en un viaje familiar y de secretos que la confronta con una etapa oscura de la historia reciente de su país, Chile. Lissette a partir de la detención inesperada de su tía en una llegada al aeropuerto desde Australia donde habitualmente residía, descubre que perteneció a la DINA, la policía secreta que operó durante la dictadura de Augusto Pinochet (1973-1990). Ella lo desconocía hasta ese momento, incluso había idolatrado de niña a esa mujer que hablaba inglés, que residía fuera del país, que siempre contaba historias fascinantes... pero ahora atónita, presenciaba su detención en el aeropuerto acompañada de un raro silencio por parte de su familia. Las sospechas comenzaron para ella en ese preciso instante y el documental no es más que una forma de conseguir entender todo aquello encontrando la distancia justa.

La Chany es acusada de formar parte del grupo de agentes que torturaron, secuestraron, cometieron desapariciones o asesinatos durante la dictadura. Ella misma era la secretaria del jefe de la DINA, Manuel Contreras. Sin embargo, rechaza sistemáticamente haber visto nada o participado en esos secuestros, desapariciones o torturas. La nada, el no estar presente, el no haber visto, el no saber... son las expresiones a las que recurre insistentemente. Su convicción es absoluta, pero el documental, de un modo muy valiente y honesto, no entra en una forma de investigación al uso para intentar descubrir esos hechos, sino que indaga en el significado e impacto de que un familiar tan próximo pueda haber estado relacionado con algo así. Aquí reside la potencia y excepcionalidad de la película. La pregunta te embriaga como espectador: ¿qué sentiría si descubriera que un miembro de mi familia ha podido ser un torturador, un asesino, un miembro activo de las peores prácticas de un régimen dictatorial?

“La verdad objetiva es una, lo que pasa con tus sentimientos es otra cosa”, alguien le dice a Lissette. ¿Cómo enfrentarse a lo supuestamente objetivo y a los sentimientos más subjetivos y desgarradores a la vez? Una lucha que la directora vive durante todo el metraje, pues no rechaza conocer esa verdad que muchos atestiguan, pero donde el dolor del descubrimiento y al mismo tiempo del engaño, empiezan a crear una gran losa que la impide avanzar. Su tía sostiene su

inocencia, la sostiene por reiteración e incluso desesperadamente ante Lissette, pues la Chany sabe que su familia jamás podría dudar de ella. Pero ¿y si la Chany, conocedora además de estrategias de engaño y seducción, busca manipular a su sobrina y usar el documental mismo para su defensa? Una hipótesis posible que se instala en Lissette y que a nosotros, como espectadores nos vuelve a abrumar. La segunda gran fractura del documental aparece, y se pone en cuestión el romper el pacto de amor incondicional de una familia o el pacto pretoriano con el Régimen. Por lo tanto, ¿hasta dónde está dispuesto a llegar alguien para convertir su verdad, en la verdad, cueste lo que cueste o implique lo que implique?

El pacto de Adriana es la historia de un personaje que no se quiebra, pero provoca una gran quiebra a su alrededor. Parte de la historia de un país se cuenta desde el conflicto que ocurre en la intimidad de una familia, y como a veces, sólo el cine puede desvelar esa fractura, esa herida que la historia deja en los cuerpos de aquellos que la han vivido. Una película sencillamente necesaria.